

Diversiones

Cuento

Federico Patán

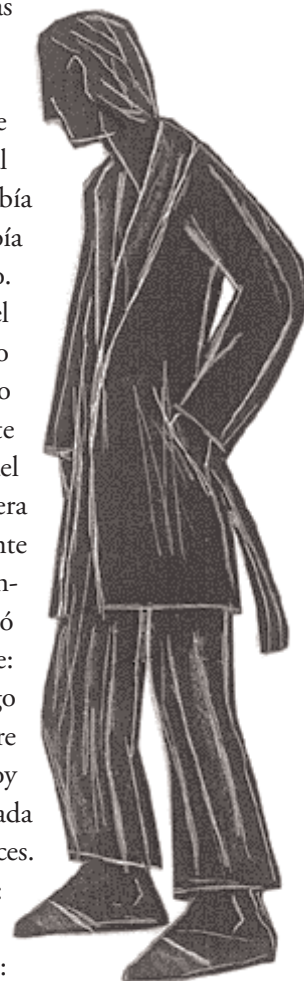
Apagó la televisión. Estuvo, el cuarto en penumbra y la calle en silencio, inmóvil por un rato, abstraído. Luego, casualidad sin duda, la vista fue a toparse con uno de los mapas antiguos que adornaban las paredes. Se veía el rectángulo oscuro, mas no el contenido. ¿Cuál de todos era? ¿El de los mares profusos en monstruos inexistentes? ¿Aquel otro del galeón metido en brava lucha contra el océano? Todos inexactos respecto a la geografía contemporánea y, justo por ello, fascinantes. ¿Cuántas veces se imaginó al mando de aquel buque, vencedor de la tormenta? El abrir compuertas a la imaginación paliaba el insomnio de ciertas noches desacompasadas. Una de sus relaciones casuales miró el entorno, una velada en que los ánimos se mostraban promisorios, y dijo preferir lo moderno. Cumplieron los ritos amorosos y nunca más intentó verla.

Hubo el lejano pasar de un auto estruendoso. El hombre miraba los libreros, feudos asimismo de la imaginación. De la ajena, propiciatoria de la personal. Se detuvo entonces en el anaquel de discos y enseguida se fue al teléfono. Marcó. Largos timbrazos antes de que una voz somnolienta preguntara: “¿Sí?”. Y él: “Emilio, ¿qué haces cuando te aburres?”. Se escuchó un bufido de enojo: “¿Pero sabes la hora que es, Rafael?” y Rafael interrumpió la llamada tras un “lo siento” presuroso. Miró el reloj: la una de la mañana. Sabiéndose amagado por el insomnio, buscó la cama. Ésta fue amable con él y Rafael pronto dormía. Hasta que el insistente sonar del teléfono lo despertó. “¿Sí?”. Era la voz de Emilio: “Cuando me aburro prendo la tele” y colgó. Rafael miró el reloj: las tres de la mañana. La cama ya no fue amable y, tras una hora de acomodados y reacomodados en ella, Rafael fue en busca de un libro. De los densos, por ver si el sueño regresaba. Pasó lo contrario: las oscuras ideas del autor lo engancharon y pronto eran las seis. Desayuno, le propuso el estómago.

Emilio insistió en que se echaran un trago juntos. En un bar a media distancia entre las dos casas, donde alguna vez entretuvieron un par de horas examinando la relación de Emilio con Manuela. La conclusión fue que todo lo sumado daba como resultado la necesidad

de casarse. Suma acertada, a juzgar por lo bien que iba la pareja. Emilio ya aguardaba, su whisky en las rocas frente a él. “Como siempre, unos minutos tarde” comentó sin molestias o enojos. “Como siempre” aceptó Rafael. “Gin and tonic” pidió al mesero. “¿Hablamos de inutilidades un rato o nos vamos directo al grano?” dijo entonces Emilio. “Al grano”. Emilio: “Tu departamento es amplísimo y está subutilizado”. Dio un sorbo. “¿Y por tanto?”. Emilio tenía la costumbre de enlazar las huellas del vaso sobre la mesa imitando aros olímpicos. Estaba ya por cerrar el primer ciclo. “Cásate”. La propuesta no tomó por sorpresa a Rafael. De vez en cuando surgía en las conversaciones con Emilio y Manuela. “No veo la relación”. Aunque la sospechaba, pero sentía la necesidad de asegurarse. “Otra persona hará que el departamento se aproveche mejor, tú tendrás mujer en la cama y entonces no telefonearás a los amigos a deshora”.

Rafael sonrió, como asegurando que entendía la queja disfrazada de broma y tal vez consejo. “Lo siento mucho, no me había dado cuenta de la hora. Por cierto, justo había apagado la tele”. Emilio se declaró perplejo. “Quiero decir que tu modo de liquidar el aburrimiento en ocasiones no sirve”. Emilio se encogió de hombros: “Lee” y al “Lo hago siempre” de Rafael contestó “Búscate mujeres” y al “Lo hago seguido” de Rafael agregó “Entonces abúrrete, que es una manera de divertirse” y aclaró: “Si conscientemente buscas cómo aburrirte, es un modo de encontrar diversión”. No era mala idea, pensó Rafael. Sin embargo, su contestación fue: “Aquella noche pensé que se te ocurriría algo distinto. Siempre tienes información sobre miles de asuntos”. Emilio: “Por lo tanto, soy un ignorante. Me compongo de datos y nada más”. Por ahí ya habían pasado algunas veces. Era una manía de Emilio el así acusarse: “Jamás he dicho eso”. Y si esperaba una réplica no la tuvo, pues su amigo comentó:



“Leí sobre esta compañía hartoo curiosa. Ya sabes, otro dato que acumulo. Hartoo curiosa, en verdad” e hizo la pausa requerida para que Rafael introdujera su: “¿En qué sentido?”.

Emilio se dio tiempo para ordenar el segundo trago. “Lo leí en la prensa. Un anuncio discreto. Ofrecen crear-te una diversión a la medida. Cobran, eso sí. A lo mejor te

conviene asomarte. Pero yo insistiría en lo de agenciarte una esposa. Te ocupan el día entero y olvidas el aburrimiento”. Rafael: “Tendría que ser la mujer adecuada, y aún no la encuentro. Además, mi aburrimiento es del alma”. Emilio le lanzó una mirada próxima a la burla: “No te me pongas trascendental. Me echas a perder el trago”. Rafael: “Te lo repongo si me escuchas: ¿En oca-





siones no sientes que nada vale la pena?”. Emilio: “Cuando eso se aproxima le envió señales de amor a Manuela. ¿Para qué sofocarse en tristezas?”. Rafael: “¿Y si el poscoito da la tristeza?”. Emilio: “Mi poscoito es roncar y por tanto no puedo contestarte. Si tuvieras mujer y señales de amor, ningún riesgo de tristeza. Hazme caso, Rafael, hazme caso” y puso el tercer aro del segundo grupo. Rafael lo miró hacer. “Te gusta beber” dijo entonces. “No me vayas a salir con psicoanálisis de manualito. Bebo porque es sabroso beber y punto. Hablemos de inutilidades” y a ello se dedicaron el resto del encuentro.

Tardó en hallar el anuncio, pues sólo aparecía en una revista dedicada a difundir vanalidades para los acomodados. “Nuestro catálogo de diversiones es el más amplio del mundo” y un teléfono. Llamó. Le dieron cita. Fue. Barrio lujoso, edificio reciente, oficinas elegantes, secretaria guapa y atenta, quien por el interfono anunció que “el señor Lara ya está aquí”. Luego condujo a

Rafael por un pasillo abundante en puertas, abrió una de ellas y lo introdujo en una oficina de amplias dimensiones. Muebles y señor pulidos. El hombre aquel sonreía sin que participaran los ojos. Se dieron la mano. Quedaron sentados frente a frente, escritorio de por medio. “Pues yo quería...” mas un gesto del hombre lo contuvo: “Primero las cortesías. ¿Qué le ofrezco?”. Optó por lo consabido: un café. Lo trajo otra empleada, también guapa y atenta. “¿Decía usted?”. Rafael se explicó: “De vez en cuando, muy de vez en cuando, mis diversiones me aburren y quisiera probar algo distinto”. El, decía un letrerito de metal, señor Asus fue pronto en responder: “Justo para eso fundamos la compañía. Quiero ayudarlo pero necesito que entremos en detalles” y Rafael preguntó de qué tipo. Asus dio ejemplos: “Uno de nuestros clientes deseaba una selva y otro un castillo medieval y otro una biblioteca inacabable. ¿Y usted?”. Rafael no lo dudó: “Un lugar o una actividad que me saque de mis tristezas ocasionales”.

“Demasiado vago, señor Lara. Mire, diversiones tenemos de cualquier tipo y quiero decir eso, de cualquier tipo. Necesitamos averiguar cuál es el motivo de sus tristezas y hallarle el neutralizador adecuado”. Rafael pidió que lo ilustraran. “Pues verá, al señor tímido y hogareño le conseguimos una selva amable, donde pudiera soñarse héroe, enfrentándolo a peligros que no lo eran. Al señor desilusionado con el matrimonio, un castillo medieval con dama flexible al amor, pero al cortésano. A un contador público la biblioteca inacabable, para que se entretuviera catalogando todos los libros allí existentes, por autor, por tema, por género, por país, por tipo de encuadernación, por tipo de letra, por tipo de papel. Déjeme informarle que allí pasa sus vacaciones anuales y apenas ha mordido las orillas de la empresa. Nos asegura que vuelve renovado a la oficina. Así pues, proponga y complacemos”. Rafael, cauto: “¿Y sus precios?”. No lo miraron como diciendo qué pregunta más inelegante. Vino otra explicación: “Eso dependerá del servicio. Hay diversiones moderadas, hay diversiones caras, hay diversiones muy caras, hay diversiones extremadamente caras”.

Arriesgó el pedir ejemplos. “De precio moderado, una especie de apuesta: usted sigue a una persona que le ofrecemos, la sigue durante una semana y la vigila. Si esa persona bebe o come en esos siete días, le damos a usted un premio”. Rafael: “¿Y si no?”. Un gesto con las manos de lo obvio que la respuesta era: “Se va contento a su casa”. No parecía gran em-

presa y lo dijo. “Se asombraría de cuánto solicitan el paquete. Piense que está el reto de no dormir en una semana, de comer apresurado, de no saber adónde nos llevará el otro”. Rafael preguntó entonces por las de precio muy caro. “Lo disfrazamos de eunuco y lo introducimos en un harén. Qué ocurra allí, dependerá del cliente. Si acepta nuestro consejo, será mero espectador. Si le sonríe alguna de las mujeres... Bueno, nuestros usuarios ya son grandecitos. Es muy caro porque es necesario trasladarlos a países donde todavía existen harenes. También es una de las propuestas más solicitadas porque ya tiene cierta cuota de riesgo. E imagino que va a preguntarme por las diversiones extremadamente caras... Bien, déjeme explicarle. Son para gente de espíritu recio. Se trata de presenciar suicidios. Suicidios reales. Del próximo ya está el cupo lleno y, aquí, no podemos garantizar fechas de los próximos. La oferta está sujeta al mercado. En otoño y sobre todo en invierno hay más oportunidades... Ah, el cupo se llenó pronto porque es un caso excepcional. El suicida ofreció matarse aventándose contra un motor de avión supersónico. Si no muere a la primera, por el mismo precio se tiene un segundo espectáculo”.

Rafael supuso que le tomaban el pelo, mas nada comentó. Un modo de comprobarlo sería contratar el próximo servicio. En realidad, no lo atraía. Se decidió por exponer su caso, si bien suavizándole las aristas, para no descubrirse en exceso. “Tengo buenos ingresos, tengo un buen departamento, me cumplo todos los caprichos y, sin embargo, de pronto me siento frustrado. ¿Qué puede hacerse?”. Le contestaron que la situación aún era vaga. “La noche es el peor momento. Apago la televisión o cierro el libro, miro alrededor y me sé insatisfecho”. Le preguntaron si tenía vida amorosa-sexual.

“Tan abundante como lo desee, unas veces por encuentros fortuitos, otras porque solicito una visita”. El ejecutivo se pasó un dedo por la mejilla, como propiciando la meditación. “¿Le interesa algo en este campo?” Rafael se encogió de hombros: “Habría que ver el algo”. El otro informó: “Iría desde la acompañante intelectual hasta lo más alejado de lo intelectual. Le fabricaríamos un encuentro inesperado”. Rafael no dio muestras de entusiasmo. “No sabe cuán inesperado”. Rafael dio muestras de cierto interés. “Lo hacemos tan bien que nunca sabrá si el encuentro es nuestro plan o si se trata de algo real”. Rafael pidió ejemplos. “Si le doy ejemplos, lo pongo alerta a nuestros mecanismos. Aquí, el secreto es lo vital. En el secreto radica mucha de la diversión”.

A la memoria de Rafael vino la desconocida que, unas vacaciones, tocó a la puerta de su cuarto de hotel. Tengo dos horas libres, dijo, hagamos el amor.



Y fue de las ocasiones más agradables en la vida de Rafael. ¿Por qué no? Solicitó precios, aceptó la oferta, se firmó el contrato. “¿Y ahora?”. El ejecutivo hizo un ademán ambiguo: “A esperar”. Rafael no quedó muy convencido. “Haga su vida normal, señor Lara, y cada vez que un encuentro le suceda pregúntese si es real o fabricado. Y de pronto un día recordará usted un episodio y se preguntará: ¿Habrá ocurrido ya? Y quizá no, quizá sea el próximo”. Rafael quiso extraer de su seguridad al ejecutivo: “¿Y si no me cumplen, si el encuentro es real y ustedes no me cumplen?”. Le sonrieron: “Es parte del placer, ignorar si lo que esté ocurriendo es ficción o verdadero. Ese gozo de lo impreciso vale ya el precio de la oferta”. Se estrecharon la mano.

De regreso a casa Rafael notó que una mujer lo observaba. Ocurrió en el estacionamiento. La mujer estaba por subir a un automóvil rojo. “Lleva un libro bajo el brazo” se dijo Rafael, mirándola sin caer en lo grosero. “¿Estará funcionando ya el contrato?” y enseguida se recriminó por ingenuo. Si apenas dos minutos atrás... La mujer detuvo el auto junto a Rafael: “Se le cayó algo de la bolsa” y se fue. La licencia. Seguramente al sacar las llaves. Sonriendo con burla de sí mismo, arrancó hacia casa. Por allá de la medianoche sonó el teléfono. “Como sea Emilio, lo paso a cuchillo”. Una mujer. “¿Eres tú el Rafael de la Prepa 3?”. Dijo que no. “Perdón, es que ando buscando al Rafael de la Prepa 3. ¿No lo conocerás de casualidad?”. Dijo que no. “Uno así, alto y medio rubio”. Dijo que no. “Bueno, ni hablar” y colgaron. A la mañana siguiente su secretaria lo puso al tanto de una llamada: “Una joven que preguntaba por el Rafael de la Prepa 3. No supe qué decirle, pues no sé en cuál prepa estudió usted. Luego habla”. Y habló luego. “¿Eres tú el Rafael de la Prepa 3?”. Dijo que no. “Tu voz me suena conocida ¿por qué?”. Rafael: “Porque ya empezó el juego”. Y ella afirmó no haber entendido. “Acéptame un café y te lo explico”.

Quedó en vestir traje gris con camisa azul y corbata guinda. Una combinación que le resultaba odiosa por predecible; acaso fuera el motivo para elegirla. Tempranero, se situó en una mesa visible desde la entrada y a la vez discreta. Llegó la hora. Pasó la hora. Cuando ya se iba entró a la cafetería una mujer que, sin ningún sofoco, estuvo mirando en torno, hasta descubrirlo. Con toda campechanía, mientras se acercaba, lo saludó mediante un gesto de la mano. “Pídeme una cerveza” y, desparpajada, se colocó frente a él. “No la han elegido bien”, pensó Rafael. “Es justo el tipo de mujer que me repele” y comenzó a buscar el modo de terminar pronto con la reunión. Vino la cerveza. “Explicame lo del juego” y medió el vaso con un trago prolongado. “Si el juego existe, que me preguntes por él es parte de la estrategia” y dio un sorbo discreto a su whisky. “Juro que me tienes en la oscuridad”. Y de tan bien que actuaba parecía sin-



cera. “El modo en que has entrado en mi vida es prefabricado. El juego, pues” y ella, metida en el papel. “Sigo sin entenderte. ¿Por qué prefabricado?”. Él: “Sabes mi teléfono y preguntas por Rafael. Dime si es posible creerlo una casualidad”.

La chica hizo un gesto displicente: “Ah, eso. Tiene una explicación muy fácil” y pidió otra cerveza. “Estaba con varios amigos en un café. Una persona leía el futuro en los posos y decidimos burlarnos de ella. Cuando vino el turno de mi taza la estuvo observando demasiados minutos. Luego me dijo: “Un hombre llamado Rafael le cambiará la vida”. Dejé de sonreír con ironía porque en la preparatoria un Rafael cambió mi vida” y el rostro de la chica perdió mucha de su animación. “Cuéntame. Y dime tu nombre, que estoy en desventaja”. Ella lo miró triste: “Casandra, y mi padre nunca quiso explicarme porqué. Alguna pasión extraviada. Te cuento: En la Prepa fui una muchacha tímida. Con nadie me juntaba. Este chico Rafael, guapísimo, se me acercó un día. Si te quitas la timidez, me declaro tu novio. Como me

gustaba, le puse empeño y en un año era bastante abierta ya. Luego, lo habrás notado, me volví algo más que desinhibida. Ya lo ves, todo sencillo y sin misterios de jueguitos”. Sin embargo, Rafael se convencía incluso más de que todo era una estrategia de la compañía. Decidió hacerse el crédulo: “¿Y qué tal el noviazgo?”. Ella se encogió de hombros: “Antes de que yo superara mi timidez él acabó la prepa y desapareció”.

No era un mal cuento. Decidió impulsarlo mediante algunas preguntas. La primera: “¿Y por qué pensaste en ese Rafael cuando la adivinación?”. Le gustó la respuesta que Casandra fue hilando: “La ley de las compensaciones. Si él me estropeó la vida yéndose, ahora me la podía componer apareciéndose. Fácil”. Entonces “¿Por qué hablarme a mí?” La sonrisa volvió al rostro de la muchacha: “Se me olvidó el apellido, así que tomé el directorio y le fui hablando a todos los Rafael que encontraba. No sabes qué situaciones más curiosas fueron pasando. Otro día te cuento”. Rafael se mostró incrédulo: “Pero yo estoy en la L. No me vayas a decir...” y lo interrumpieron: “Pues claro. Cientos de llamadas. No te preocupes, fue divertido. Otro día te cuento”. Satisfecho con la buena trama de aquel jueguito, Rafael preguntó: “Y si yo no soy tu Rafael ¿por qué aceptaste la cita?”. Lo miraron, al parecer con seriedad: “¿Y cómo vamos a saber que no lo eres? Mira, el destino me pone de nuevo ante el nombre de Rafael, busco al inicial y tú, de la inacabable lista, eres el único que no se enoja o que no me propone cama. Eres al que se refería el adivino, ni duda. Con tu invitación lo has probado”. Jugaban bien, era necesario reconocerlo. El proceso resultaba muy entretenido. ¿Por qué no llevarlo al límite? “¿Y si ahora te propusiera cama?”.

Ella, parte de la estrategia, no mostró enojo: “Es un tanto prematuro. ¿Por qué no me invitas a cenar

en, digamos, en unos tres días?”. Él: “¿Tienes algún restaurante de tu preferencia?”. Ella: “No seas bobo, en tu casa. Anótame la dirección y te caigo el sábado por ahí de las ocho. Si no cocinas, pide algo preparado. Una pizza y vino es suficiente. Si quieres, allí te cuento lo de las llamadas. Es divertido” y en eso quedaron. Casandra, de andar desparpajado, se fue. Rafael lo hizo minutos más tarde. En el auto se repitió que el juego valía la pena, aunque estaba resultando predecible. Con todo, esperó impaciente que llegara la noche del sábado, en parte aguardando el siguiente movimiento, en parte por la chica. Llegó la ocasión. Pidió comida preparada. Algo más fino que una pizza. Dieron las ocho y las ocho y cuarto y las ocho y media y la cena se enfriaba y finalmente sonó el timbre. Casandra. Entró desparpajada, sin disculparse, para nada elegante. Se acomodó en la sala y aceptó la copa de tinto que le ofrecían. La bebió de un golpe. Rafael sintió alguna decepción. Bien pudieran haber elegido una mujer de mayor elegancia. ¿Con base en qué elementos las decidirían?

Propuso la cena. “Vamos pues”. Ya sentados, ella miró la oferta de comida. “¿Y para qué tanta faramalla? La pura pizza hubiera servido” y estaba Rafael por amonestar cuando llamaron a la puerta. “Vuelvo enseguida” y casi enseguida abría. Una mujer ya algo madura, vestida con elegancia. Sin decir nada, se introdujo en el departamento. Casandra se asomaba en ese momento, curiosa. La recién llegada la miró displicente antes de volverse hacia Rafael: “Quise saber si había recogido usted su licencia”. **U**

Las ilustraciones que acompañan este cuento fueron hechas *ex profeso* por Carmen Gayón.

